

Palabras en homenaje del Dr. Fernando Abente Haedo *

Hace unos días y ya en parte programada esta reunión de la Sociedad de Cirugía del Uruguay con los cirujanos de Mercedes, le manifesté a mi gran amigo Ricardo Braseras, al día siguiente del fallecimiento de Fernando Abente Haedo, que creía de obligación no dejar pasar esta reunión sin dedicarle unos minutos al ilustre médico del Interior desaparecido.

Víctima de un terrible accidente, todo hacía pensar sin embargo que se recuperaría bien.

Llamado a atenderlo luego de su traslado a Montevideo, fue entregado a manos de distinguidos médicos generales y especialistas de los diferentes sectores afectados. Bastaría leer las indicaciones de exámenes solicitados para veinticuatro o cuarenta y ocho horas después, para darse cuenta que ninguno de nosotros, aun cuando consideráramos su estado delicado, pensamos en una terminación fatal. Una hora después de haberse alejado de su lado y también sin temores, uno de sus médicos y familiar, un empeoramiento general iniciado lentamente la tarde anterior, se hace bruscamente insuperable, llevándose rápidamente.

Entré al Sanatorio en la mañana creyéndolo con vida y mejor, y lo encontré muerto. Iba a seguir conversando con él como lo habíamos hecho toda la vida desde el año 1915, en charlas que sólo eran interrumpidas para ser continuadas en otra ocasión.

Precisamente, en esas horas de conversación, entre las preocupaciones de lo que podía tener, emitió ante nosotros dos consideraciones que sólo tomaron su significación después de fallecido. Le vimos defenderse del olvido, agarrándose al pasado, hablando calurosamente de su signo personal de colecistitis: el dolor en el punto vesicular al hacerle hacer al enfermo la contracción diafragmática del hipo.

Y le vimos proyectarse en el porvenir en la preocupación de poder estar presente en una reunión sobre difteria a realizarse en Montevideo, bajo la dirección del Prof. Alfredo U. Ramón Guerra.

Y cuando el delirio monopolizó su preocupación dominante, repetidas veces quiso tirarse de la cama para concluir su trabajo, un hermoso trabajo en parte presentado en Tacuarembó en las sesiones del Congreso de la Sociedad Médicoquirúrgica del Centro de la República en colaboración con el Dr. Miguel A. Rodríguez, trabajo que, como homenaje póstumo y justiciero, será leído en la Mesa Redonda que justamente se realiza hoy.

Fernando Abente Haedo se movió siempre en el marco sustentado en su base por los grandes principios morales que han sido el eje de la sociedad civilizada y dirigido hacia la cumbre por la atracción de los grandes hombres, cualquiera que fuera la esfera de su actividad, de aquellos que por su pensamiento hablado o escrito, no desmentidos por sus obras, han sido llevados a los más altos sitios. Pero entre la base y el ápice está todo el mundo de la acción, del éxito, de la eficacia, el espléndido y avasallante mundo de hoy, que se siente estrecho entre la barrera principista que lo frena y las actitudes filosóficas o religiosas que alejan de él invitando al recogimiento y a la meditación.

El liberalismo de la época de su formación universitaria lo envolvió, captándolo como captó a casi toda nuestra generación.

Opiniones políticas y creencias religiosas eran exclusivamente del dominio personal.

Aunque a ustedes les parezca mentira, yo no sé si estaba vinculado alguno de los partidos políticos y mismo simplemente si votaba por alguno de ellos.

La situación política del Paraguay tenía que conmoverlo. La amistad llevaba a no sacar el problema a luz. Sabíamos que entraba y salía del Paraguay sin tropiezo,

* Sesión conjunta de la Sociedad de Cirugía del Uruguay y Sociedad de Cirugía de Mercedes, el 25 de julio de 1964.

pero sabíamos que todos los paraguayos encontraban aquí, en él, en la desgracia, la ayuda que necesitaban.

Era creyente en el grado acentuado que le permitía ser terciario de una orden religiosa y como tal, tenía la felicidad de inscribir su obra en lo supuestamente eterno.

Quizás como supiera que yo no era creyente, nunca suscitó la discusión ni quiso influir ni directa o indirectamente con libros de conversión, quizás porque opinara que sentir con honda emoción el misterio de la formación del mundo o admirar la complejidad de su estructura, es una forma indirecta de creencia.

Fernando Abente Haedo eligió como campo de trabajo la Medicina, y la Medicina en el Interior, medio grande y chico, como todos los medios, chico por la dureza y a veces mismo por la mezquindad de la crítica, y grande, muy grande, por el afecto con que rodea a quien se ha entregado totalmente al medio, afecto que no se detiene al término de la carrera y sigue acompañando a la persona cuando el médico ha dejado de serlo.

Agrandar su campo de acción dentro y fuera de su zona de ejercicio médico sin violar principios ni renegar ideales, fue en Fernando Abente Haedo no un cartel de trabajo aceptado, sino algo que estaba en su intimidad. Yo no creo que haya nadie que pudiera pensar en que pasara por él algo dictado por la conveniencia, fuera del marco de la justicia.

Deseoso de mejoramiento individual, concurría con máxima frecuencia a reuniones científicas y a cursos de perfeccionamiento en los que pensaba aprender algo.

He visto la libreta en que anotaba lo que creía serle útil. Tenía su personalidad. Cuando difería en opinión, lo presentaba en la forma más amable y modesta que he

conocido, atacando la opinión ajena con un interrogativo ¿te parece que sea así? que transformaba cuando defendía la suya con otra interrogación: ¿no te parece que las cosas podrían ser así?

Contribuía personalmente y en forma activa, siempre en su afán de superación, en el marco de la Sociedad Médico-Quirúrgica del Centro de la República, donde era considerado como figura patriarcal y a la que había contribuido a llevar a un nivel difícil de alcanzar. Incapaz de mentir, oyendo elogios que se le prodigarán, frente a una consideración mía, creyéndolo miembro fundador de dicha Sociedad, se apresuró a decirme "no, en 1932 yo estaba en la guerra del Chaco", afirmando una vez más su origen paraguayo con amor y con orgullo y su contribución a la defensa de su patria en el momento de máximo peligro.

Era rotariano activo, habiendo llegado para honor del Rotary, a ser Gobernador del mismo.

Actuaba a gusto en una institución que exige el ajuste a la verdad en el postulado y la prestación de servicios como ideal de trabajo.

Señores: antes del minuto de silencio que voy a solicitar del señor Presidente pida al terminar mis palabras en homenaje a Fernando Abente Haedo, que fue grande pero cuyos méritos se repiten en parte o en totalidad en nuestros Médicos del Interior, llenos de devoción y dedicación hacia el enfermo, que los ha habido y los hay aquí y pienso en uno de ellos, que no tengo porqué nombrarlo, porque todos saben quien es, quiero decirles que en un block de papel en una de mis mesas de trabajo existe el encabezamiento de una carta que no llegó a ser escrita: Dr. Fernando Abente Haedo, querido amigo:

Y no me he atrevido a arrancar esa página como si quedara aún la posibilidad de escribirla.

DR. JUAN C. DEL CAMPO.

Julio de 1964.